

**José Luis Gordillo Courcières**

**UN POETA SATÍRICO  
DEL SIGLO XIX**

**Los sonetos políticos  
de  
Manuel del Palacio**



**MADRID, 1994**

## Sumario

Prólogo .....	5
Introducción .....	11
Sonetos y comentarios .....	15
Síntesis del pensamiento político del poeta .....	297
Anexo I. Listado de obras de Manuel del Palacio .....	307
Anexo II. Árbol genealógico .....	311
Índices .....	313
Índice de primeros versos de los sonetos .....	315
Índice onomástico .....	321

## Prólogo

*Con este libro inicio la realización de un propósito: reunir los dispersos sonetos políticos que Manuel del Palacio escribió durante casi medio siglo, tanto los publicados como los inéditos, tanto los mesurados como los escandalosos, tanto los de medida, acentuación y rima perfectamente ajustadas a los preceptos como los de resolución poética menos grata; e incluso meros borradores. Tal proyecto, de límite inalcanzable al primer intento por razones obvias, queda relativamente cumplido al reproducir aquí hasta ciento seis sonetos de los que sólo dos tercios eran antes accesibles, y aun esos nada más que recorriendo dispersas bibliotecas y hemerotecas. El resto es fruto de una búsqueda casi policiaca que nos permitió hallar a la biznieta del autor, Elisa del Palacio, celosa conservadora de los viejos papeles de su familia y generosísima cooperadora en el presente trabajo.*

*Como poeta crítico de la política de su tiempo, Manuel del Palacio se nos muestra insuperable; su portentosa facilidad de versificación y su ingenio, enlazándose en la empresa de zaherir a multitud de personajes, lograron un éxito popular que le compensaba de los maltratos con que los sati-*

rizados se desquitaban, de las persecuciones, de las detenciones, de los calabozos, de los destierros... Y es precisamente en los sonetos donde mejor brilla esa acometividad con la que logró fama: algunos endecasílabos los consiguió gloriosos.

Buena parte de tales composiciones suelen glosar con saña a una o más gentes encumbradas de manera que sin nombrarlas —por evitar simultáneamente censura y demandas por injurias— sean reconocidas mediante sugerentes trazos. Ahora bien, lo que para el lector de la época permitía casi siempre identificar al individuo de reprochada conducta, hoy se nos escapa a veces. Ese es el motivo de que, en varios casos, no nos hayamos atrevido más que a insinuar quién podía ser el afectado, y de que en unos cuantos sonetos señalemos el nombre y apellidos de la supuesta víctima como entre signos de interrogación. Hay composiciones, por ejemplo las que comienzan «Apóstol de la ciencia y del progreso...» o «Garbanzo negro le llamó un amigo...», que requieren para el reconocimiento o una fortuna de saberes anecdóticos del siglo XIX propia de auténticos especialistas o mucha suerte.

Cuando Manuel del Palacio se asentó en la vida pudo demostrar que también como poeta lírico era uno de los mejores de su tiempo. A partir de entonces el autor antes sólo revoltoso se integra en la sociedad, y terminará incluso entre los inmortales de la Academia (el punto de inflexión se produce hacia 1875). ¿Está arrepentido de sus pasados desplantes, especialmente de los atroces, vengativos, baldonadores de 1867 a 1870? Seguramente no; pero la sociedad se arrepiente por él, y oculta la existencia de los versos satíricos —e igualmente la de los sólo obscenos, que también los hubo— de tal modo que, cuando en 1916 se publican sus Poesías escogidas (vid. Anexo I), los admirables versos zahirientes se le recatan al lector, pues allí no aparecen, por cautela excesiva, ni siquiera los menos imprudentes de ellos, y ni aun los que contra nadie arremeten, pues sencillamente glosan la li-

*bertad, la demagogia, el anarquismo, la guerra, las elecciones, la bandera, el pueblo...*

*Este libro intenta, al contrario que el que prologó Jacinto Octavio Picón, salvar del olvido también otras sustanciosas composiciones poéticas para gozar de su doble valor, el histórico y el artístico: son aquellos sonetos que, como dijo Manuel de Sandoval, «... él llevó a los límites de lo impubli- cable, pero que siempre podía ser disculpado y hasta admirado por su arte insuperable y maravilloso... con que supo modelar el barro y hasta el lodo...» No nos guía ningún afán de maledicencia o agravio a los personajes que se retratan en muchos de los sonetos; en primer lugar porque la mayor parte hace ya bastante más de un siglo que murieron, y en segundo lugar porque, al contrario que a Manuel del Palacio, varios nos merecen respeto, e incluso de alguno tenemos una opinión favorable respecto a su comportamiento político (es el caso de Aparisi y Guijarro, o de Narváez, verbigracia). Tampoco deben sentir agravio los lejanos descendientes de aquellos personajes antaño criticados; cuatro o cinco generaciones han transcurrido y no existe injuria donde no hay tal propósito sino el de divulgación literaria e histórica.*

*Otrosí. Reprochable hubiera sido que, en aras de una gazmoñería que ni a aquellos ni a estos tiempos pertenece, mutiláramos alguna composición; han de copiarse todas como Manuel del Palacio las escribió, incluso con alguna incorrección gramatical (que también los genios pecan).*

*Se hace necesario resaltar el lado triste de los jocosos sonetos políticos de Manuel del Palacio. La crítica caricaturesca de los representantes del poder —los monarcas, las camarillas, los ministros, los parlamentarios, la aristocracia, la burguesía que se aupaba al carro— es la dolorida de un buen español que sufre por la ineptitud política en que el nauseabundo siglo XIX se revuelca.*

*En el Palacio más joven una patente falta de perspectiva —tal como sucede en la actualidad con nosotros— le impulsa a recriminar casi exclu-*

*sivamente los errores o arbitrariedades de los individuos en el gobierno y sus aledaños, incluso percatándose de que el origen radica en las instituciones y en las doctrinas, tanto ancladas como de hipotética renovación. El último cuarto del siglo de la decadencia española lo verá muy desengañado en política, y escribirá menos; mas siempre con fidelidad a las juveniles opiniones y al estilo que tan popular le hizo.*

*Ni Palacio al alumbrar entonces sus sonetos, ni nosotros reproduciéndolos hoy, era y somos otra cosa que la mano de la historia advirtiéndolo a los gobernantes que, con sus mañas y trapisondas, con sus desafueros y claudicaciones, con sus licenciosas existencias, no llevaban a España sino a la ruina. Aquellos que opinamos en 1994 que numerosos dirigentes de hogaño se parecen muchísimo a los decimonónicos que Palacio agujoneaba, sabremos considerar sus sonetos no sólo por la calidad literaria y la quevedesca gracia que poseen sino por su significado de crítica a un penosísimo período histórico gemelo del actual.*

*Y, en todo caso, salvemos del olvido a un buen poeta, sin duda al mejor poeta satírico que tuvo el siglo XIX español.*

*Valencia, enero de 1994.*

## Introducción

Si la recopilación de dispersos sonetos políticos de un poeta cualquiera del siglo XIX no pasara del acarreo de sus composiciones, serias o jocosas, próxima o remotamente relacionadas con el gobierno de la polis, escasos serían los logros de lector y compilador: casi sólo la difusión de los inéditos para el segundo; casi sólo la comodidad de la agrupación para el primero.

Quedarse en la simpleza de juntar aproximadamente al azar fotocopias y manuscritos no bastaba para presumir de libro; se hacía necesario algún trabajo previo: 1) Una clasificación que permitiera apartar de la obra lo escrito con propósitos distintos a los políticos; 2) Cualquier ordenación sistemática de los sonetos escogidos; y 3) Alguna investigación sobre los personajes y las circunstancias tácitas o expresas en los versos, y la redacción de un resumen de lo hallado en cada caso.

Se dice pronto. Pero no se consigue enseguida (realmente sobra el adverbio). Respecto al primer punto, el más sencillo, es de ver cómo bajo una estricta acepción de político hay sonetos que sólo lo son a medias, con lo que se acumulan las dudas tanto al acoger como al apartar. Respecto al segundo punto, la única ordenación realmente admisible —después de haber intentado varias— es la cronológica, pues cualquie-

ra otra poco serviría al fin histórico pretendido; pero si en los mismos versos publicados caben errores de datación, en la obra inédita no fechada las equivocaciones pueden ser de enorme bulto. Y en cuanto a lo que hace al tercer punto, ¿cómo investigar acertadamente circunstancias y personajes cuando con frecuencia vienen disimulados, unas veces por esquivar a la censura, otras por mejor caricaturizar, casi siempre recurriendo a la anécdota, jugando al escondite con el lector, enredándonos con alusiones crípticas?

A pesar de todo muy pocos casos han quedado sin resolver por lo menos mediante una sugerencia; y, con o sin dudas, en la mayoría queda la composición completada por unas aclaraciones o unos comentarios. Se consiguieron algunas veces gracias a la existencia de anotaciones del hijo del poeta, otras interpretando la información inicial proporcionada por algunas siglas en los títulos, y las más resultaron de la contumacia del recopilador que suscribe: un ejemplo de que la obstinación acaba por vencer a la ignorancia.

En un caso ni se pudo mínimamente con el enigma. Por supuesto que sobrevino la tentación de apartar aquellos sonetos que obstaculizaban el cumplimiento del trabajo, ya que ninguna norma obligaba a que fueran exactamente ciento seis; pero venció la honradez. Esperemos que alguien más ducho en la historia del siglo nos proporcione pronto las soluciones. En otros cuatro sonetos es voluntaria la reserva informadora; la índole especialmente severa de los cuatro (uno, además, seguramente compuesto a escote) justifica tal actitud.

Por lo que respecta a ordenación cronológica, la lograda aquí está seguramente cercana a la real, e incluso en bastantes ocasiones se ha conseguido exacta. Cabe deducir de ella una abundancia de sonetos en el plazo comprendido entre los años 1860 y 1870, y un notable decaimiento después; tanto que el último período de igual amplitud, también once años, solamente agrupa al 13 por 100 del conjunto, y el primero reunía al 70 por 100. Y no se atribuya exclusivamente a la edad del poeta tal pérdida de interés por la política; España entera estaba aburrida en el postrer tercio del siglo XIX ante tanta mangancia de sus gobernantes.

De la serie «Galería de Contemporáneos», publicada primero en *Gil Blas*, que llegó a alcanzar el número de 40 sonetos, se han apartado varios. Los números 10 y 13 ni los conocemos (problemas con la Fiscalía de Imprenta, o tal vez errores de la Redacción, hicieron que del 9 se saltara al 11, y del 12 al 14); y los números 1, 14, 27, y del 35 al 40, ambos inclusive, no estuvieron dedicados a personajes políticos, sino en su mayor parte a actores o literatos. También de la otra serie, «Galería de Notabilidades», en general inédita y jamás numerada, fue necesario retirar los no políticos.

Asunto de complicada resolución era el distinguir entre publicado e inédito. Cualquiera ignorante sabe que algo que se encuentra impreso, de no ser obra singular, puede darse por publicado; mas el caso inverso, el del manuscrito hallado, no garantiza la inedición.

Aquí, en cuanto a los sonetos impresos, se intenta indicar los años en que aparecieron por primera vez e incluso las ocasiones en que volvieron a publicarse, aunque siempre con el recelo que provoca saber que Palacio colaboró en multitud de periódicos a los que no hemos tenido acceso, y también que a él nada le importaba ni reiterarse ni aprovechar obra ya difundida.

Por otra parte, cuando se presente un soneto como inédito sólo significará que habiéndonos llegado manuscrito o mecanografiado, no lo hemos hallado impreso ni en los libros publicados por Manuel del Palacio, o por su hijo Eduardo Luis u otros estudiosos, ni tampoco entre las colaboraciones en publicaciones periódicas que se ha tenido ocasión de hojear.

De determinados sonetos cuya existencia, y hasta versos, se conocían, pues consta que corrieron por España en hojas quizá manuscritas (es el caso ejemplar del célebre titulado *Belenes* que comienza «Por ser cuestión que a todos interesa...»), si bien no pudimos entrever su origen sino después de hallados en el archivo familiar, sería arriesgado afirmar contundentemente, incluso sin prueba en contrario, que son inéditos.

No está uno capacitado para analizar los poemas formalmente; quédese tal tarea a cargo de distinto operario, y lo mismo en cuanto a la interesante agrupación de consonancias. Es sabido que Manuel del Pala-

cio hizo alardes repentizando, lo que para conseguir una redondilla no tiene mayor mérito, mas sí para lograr un soneto. Entre los ciento seis reunidos los hay muy trabajados; pero también simples borradores, y véase que no desmerecen éstos de los otros.

En cuanto a los tercetos, casi todos responden al esquema recomendable A-B-A, B-A-B (98 casos) o a la forma A-B-C, A-B-C (4 casos). Los cuatro restantes, cada uno de su padre y de su madre, se ajustan así: A-B-C, B-A-C; A-A-B, C-C-B; A-B-B, A-C-C; y A-B-A, B-C-C.

Contra lo que suele ser habitual en este género de trabajos, se ha conservado en los sonetos la ortografía original, e incluso puntuaciones ingratas, raras cursivas, extraños guiones, amontonamiento de las cuatro estrofas, errores evidentes, etc.; sólo excepcionalmente se ha añadido algo por imprescindible, y se señala entre corchetes. El lector advertirá nuestro respeto a los textos de procedencia, ante la falta (o sobra) de acentuaciones gráficas. Y valga todo lo anterior casi para cualquier composición recogida además de los sonetos, y para la transcrita prosa.